

**Obed González (2014). Poética de la calle: la cultura marginal del oriente metropolitano dentro del rock y el cine mexicanos (1985-1992).** México D.F.: Instituto Mexiquense de Cultura, 148 pp. **Reseña de Eduardo de la Vega Alfaro**



## POÉTICA DE LA CALLE

*La cultura marginal del oriente metropolitano dentro del rock y el cine mexicanos (1985-1992)*

Obed González Moreno



Iniciemos con una especie de confesión. Ser oriundo del barrio de la Bondonjito, enclavado al norte de la tan maravillosa como monstruosa ciudad de México me hizo un "chilango" irredento y por ello mismo tengo a esa urbe entre mis elementos de orgullo íntimo. Pero no hace mucho tiempo me di cabal cuenta de que el hecho de vivir y trabajar desde hace ya casi 30 años en Guadalajara, Jalisco, ha convertido a calles y lugares de la capital mexicana en misteriosos símbolos oníricos que me asaltan de manera más frecuente de lo que yo quisiera porque entonces suelo despertar con un profundo

sentimiento de nostalgia que se queda en mi interior resonando por varias horas sin que las tareas que lleve a cabo en esos días logren removerlo del todo. Quizá el irremediable paso de los años me está volviendo cada vez más "sentimental" o tal vez es algo que le ocurre a mucha gente que se vio de alguna manera forzada a emigrar de su sitio de origen y que de momento no encuentra manera de regresar de forma permanente a él. Sólo con algunas salvedades cuando viajo a "Chilangolandia" me siento muy contento y siempre logro disfrutar el poco tiempo que me reencuentro con y en ella. Ahora mismo sólo de una cosa estoy seguro y plenamente convencido: si me llega a quedar vida, recursos y ánimo para ello, regresaré a pasar mis últimos tiempos en ese espacio urbano al que me ligan recuerdos magníficos y amistades siempre entrañables.

Prosigue el anecdotario personal: Desde la frenética y cada vez más lejana década de los sesenta del siglo y milenio pasados muchas de mis vivencias en la Ciudad de México se asociaron, más allá del aula y gracias a la guía de mi padre, a manifestaciones como el cine (en especial el cine mexicano, que frecuenté en diversas salas que estaban cerca de casa), la lucha libre, los museos (sobre todo Bellas Artes, el de Arte Moderno y el de Antropología e Historia) y en el plano musical al bolero, los tangos y el rock, en la que para mi gusto sigue siendo su mejor y más contundente e influyente etapa. Por esas mismas fechas comencé a trabar profunda amistad con muchos de mis vecinos del barrio entre los que destacaron por su simpatía y clara vocación para el "desmadre" los hermanos José Luis y Gregorio Gutiérrez Aguilar, hijos de "Don Goyo" dueño de una tienda a la que acudíamos a comprar toda suerte de víveres y a hablar por teléfono (todavía no se me olvida el número que lo significaba: 17-27-53: a ese aparato también podían llamarnos, lo que implicaba que el mismo "Don Goyo" o alguno de sus vástagos acudiera a avisarnos), nombres que vienen al caso justamente porque, pasados los años, ambos se fueron a vivir con sus respectivas familias a Ciudad Nezahualcóyotl, concretamente a la colonia Ampliación Villada. Así que, aproximadamente entre 1978 y 1986 antes de mi partida a Guadalajara fui asiduo visitante a ese rumbo de la zona conurbada de México D. F., donde pasé muchos momentos de regocijo musical y abundancia de alcohol y buenas viandas en la casa del primero de ellos, por desgracia ya fallecido, quien poseía un humor desbordante y una aguda inteligencia que lo hizo tener conocimientos profundos de muchos temas (sin embargo, vale decir que su pasión era la música mexicana), obtenidos de manera autodidacta.

No sin dejar de reconocer cierto abuso de mi parte para con los potenciales lectores el anecdotario íntimo anterior ayudará a explicar, pues, el gran gusto e interés que me ha proporcionado haber sido una de las primeras personas en leer el brillante ensayo comprendido en estas páginas, obra de mi colega y amigo Obed González Moreno quien aparte de haber ganado varios premios en ese género, ha sido becario de la Escuela de Escritores de la SOGEM y también ha ejercido el periodismo en diversos órganos universitarios en México y España. A la espera de no incurrir en un injustificado lugar común, me adelanto a decir que la lectura de todo lo incluido en esta publicación me ha

impactado no sólo por remitirme de forma directa y vivencial a ciertos momentos y lugares sino que también hay en ella un esfuerzo analítico que de forma más que meritoria rescata del posible olvido aspectos de una cultura popular que resiste de forma cotidiana a múltiples formas que pugnan, de manera inconsciente o premeditada, eso no importa ahora tratar de dilucidarlo, por hacerla desaparecer.

No hace mucho tiempo, tuve el honor de escribir unas líneas laudatorias para otro libro del mismo autor: *El cine mexicano del siglo XX: estampas de una negación nacional (1910-2000)*, editado por el Instituto Mexiquense de Cultura en 2011. Pero, sin dejar de reconocer los méritos de ese trabajo creo que en los dos grandes apartados que integran este nuevo texto de Obed las palabras encuentran el tono justo para aproximarnos a una serie de obras musicales y fílmicas que, con su tono y estilo, son relevantes justamente porque expresan un mundo social que además de su propia dinámica y particular sentido parece gritar que también está entre nosotros a pesar de que queramos negarla, marginarla o lo que sería mucho peor, ningunearla.

A fuerza de ser sinceros y siguiendo con las impresiones "subjetivas" lo que más me ha gustado de este breve pero contundente libro es que habla justamente de lo ocurrido por vía del arte en espacios para mí entrañables justo en la época posterior al terrible terremoto de 1985, es decir, cuando emigrado a Guadalajara ya no pude mantenerlos tan cerca como antes. El análisis de canciones y películas ha operado en mí, como estoy seguro que lo ha hecho en otros que se encuentran en un caso similar al mío, un auténtico reencuentro con algo que perdí, acaso sin darme cuenta, pero a lo que pertenecía y me pertenecía. Y así lo que Obed dice a propósito de la música de autores como Rodrigo González (cuyo destino personal se unió fatalmente a esa especie de muerte de una toda época a consecuencia del temblor del 19 de septiembre de 1985) o de la gran película *Lolo* de Francisco Athié, estrenada en una de las ediciones de la Muestra de Cine en Guadalajara y producida por otro amigo entrañable, el crítico y cineasta Gustavo Montiel Pagés (q.e.p.d.), cuando fungía como Director del Centro de Capacitación Cinematográfica, no solo es resultado de su aguda capacidad de observación de las manifestaciones artísticas en sí y por sí mismas sino de su acertada mirada sobre la realidad que las ha motivado.

No se puede pedir más a un analista que en esta ocasión ha hecho evidente, una vez más, estar profundamente comprometido con su objeto de estudio pero también con un sector social y cultural del que también hay mucho que aprender y todavía mucho de qué hablar.

**Eduardo de la Vega Alfaro, Universidad De Guadalajara (México)**